

# Sesión necrológica homenaje al doctor Tapia

## Semblanza humana

*Doctor Laureano Menéndez de la Fuente*

Era de estatura media. Andaba lentamente, un poco encorvado. Más encorvado de lo que correspondía a su edad. Quizá ésa fuera una expresión involuntaria de su modestia innata. Su rostro era pálido, y sus cabellos, entre rubio rojizo y canoso. Las manos, elegantes, pálidas... Parecía como si los dedos medios estuviern un poco "achataados" de percutir tantos y tantos pechos dolientes. Tenían pequeñas escoriaciones; la piel, descamada; las uñas, irregulares, gruesas, astilladas... ¿Cuántas horas, cuántos cientos de horas habían sufrido la acción de los rayos roentgen?

La nariz era aguileña, los ojos, penetrantes, inquisitivos, con un brillo de inteligencia que las gafas, moderadamente oscuras, no eran capaces de ocultar.

La ropa le estaba un poco grande, parecía que le "colgaba". Caminaba lentamente, con aire un poco cansino.

En aquel ambiente luminoso de casas blancas y calles un poco empinadas, bor-

deadas de almendros, con el fondo de "mar de nubes" del valle de los Besteiros, iba al Sanatorio Infantil, fundación de aquel otro gran hombre, desbordante de humanidad, que fue el doctor Jerónimo de Lacerda.

Allí pasaba las horas más felices dedicado al cuidado de sus pequeños enfermos, admirando el rítmico baile del negrito Domingo o sufriendo hasta el final la lenta agonía de María Francisca, cuando, después de un neumotórax extrapelural, comenzó el vertiginoso descenso de sus posibilidades orgánicas. El Sanatorio Infantil fue la obra en la que puso mayor entusiasmo.

A las diez de la mañana pasaba yo a recogerle y nos encaminábamos al Sanatorio. Le impulsaba su irresistible vocación, que no sus fuerzas físicas. Por lo general, había pasado mala noche, con dolores abdominales, había dormido poco. Si a media noche le habían cedido los dolores, madrugaba, y cuando yo le recogía ya llevaba



Doctor Tapia.

varias horas trabajando, preparando alguna publicación o alguna conferencia, o su obra de tanto valor didáctico que ha formado tantos especialistas en España y Sudamérica; "Formas anatomoclínicas, diagnóstico y tratamiento de la tuberculosis pulmonar"

Después de la consulta de rutina en el Sanatorio Infantil (los reconocimientos, los "neumos", etcétera), empezaba su lección diaria. Acudían a ella médicos de todo Portugal, algún español, bastantes americanos, otros del Africa portuguesa... Eran lecciones sencillas, extraordinariamente didácticas, con el enfermo a la vista, valorando todos los signos de exploración, con el estudio más completo de radiografías, tomografías, informes de broncoscopias, etcétera. Eran lecciones magistrales, en el sentido de que

él ejercía un verdadero magisterio, pero con un campo abierto a las opiniones de todos. Cuántas veces ha aceptado un punto de vista, diferente del suyo, sugerido por un médico joven y con poca experiencia, pero que representaba una idea original, que pudiera tener algún valor clínico.

Los viernes, a media tarde, llegaba el cirujano, doctor Quintela, procedente de Lisboa. Sobre las seis de la tarde nos reuníamos en la biblioteca todos los médicos presididos por él. Cada uno exponía sus casos quirúrgicos y el doctor Tapia daba su opinión sobre la indicación operatoria, sobre el tipo de intervención que se debía practicar. En esto, como en todas las discusiones, aceptaba todos los puntos de vista y admitía todas las sugerencias que

hacían hasta los más jóvenes "estagiarios". Y en muchos casos aceptaba la opinión de los demás rectificando la suya propia. Fueron entonces sus discípulos portugueses los doctores Horta e Vale, Ferraz de Carvalho, Antunes, Pizarro Belle, Otero Dos Santos, Correia de Sa, Sampaio, Veloso, Neves Dos Santos, Pinto Nunes, João de Lacerda.

Su labor diaria estaba jalonada por alternativas de lo más contrapuestas. Nos sentábamos frente a frente en su despacho. Unas veces él dictaba y yo escribía. Otras veces él escribía o estudiaba temas de publicaciones y yo corregía pruebas. Trabajaba intensamente hasta que le aparecía el dolor. Entonces introducía la palma de la mano entre el abdomen y la parte alta del pantalón. A veces en esa postura seguía trabajando. Otras veces lo dejaba todo y se recostaba en el sillón unos minutos, o hasta media hora. Cuando tenía un pequeño alivio, seguía el trabajo interrumpido. A esta época corresponde la producción más fecunda de su vida. Además de la citada obra "Formas anatomoclínicas, diagnóstico y tratamiento de la tuberculosis pulmonar", en estos años preparó o publicó "La tuberculosis de la base", "El neumotórax extrapleurial", "La tuberculosis traqueobronquial", aparte de otras publicaciones más cortas, trabajos de revistas y conferencias.

Con los enfermos era cariñoso, pero sobre todo extremadamente comprensivo. Después de un estudio detenidísimo, buscaba la solución, no solamente médica, sino también social, económica, familiar, que se adaptase a cada paciente. Despertaba en el enfermo una fe ciega. Y no se limitaba a los consejos puramente médicos, sino que seguía conviviendo moralmente con ellos a veces incluso años después de haberles dado de alta. Y vivía sus problemas como si fueran propios. Nunca olvidaré la pena, e incluso la depresión, que le produjo el... digamos "trapiés" de aquella Cecilia, una de las enfermas que más quería.

Con nosotros era bondadoso, siempre dispuesto a aclarar cualquier duda. Ningún momento era inoportuno para pedirle un consejo, una opinión sobre un determinado enfermo. Únicamente cuando tenía el dolor era preferible abstenerse y dejar la consulta

para mejor ocasión. Pero era terriblemente exigente. Afectuosamente exigente. Yo aprendí el idioma portugués haciendo historias clínicas a aldeanos que casi no sabían hablar ni portugués. Cada falta de ortografía o de la forma de expresión me la hacía ver con toda sencillez.

En contraste con esa afabilidad en su trato corriente, que en él era habitual, tenía momentos de irritación a veces por motivos nimios. Pero enseguida volvía a su efectividad de siempre.

Con el desconocido que por primera vez establecía contacto con él era más bien frío y poco expansivo. Pero cuando ya le veía como enfermo, como ser ligado a él, se descongelaba por completo y surgía su afectividad natural.

En Portugal gozaba de un prestigio insuperable. Pudo ser catedrático de Coimbra, y, en parte por su modestia habitual, y en parte, quizá, por no crear problemas a sus amigos, renunció a la oportunidad. Acudían a él enfermos de todo el mundo.

A sus órdenes, yo, como todos los demás médicos del Caramulo, hemos tratado americanos, franceses, chinos, birmanos, japoneses, ingleses, alemanes, durante la Segunda Guerra Mundial.

Aparte de sus relaciones oficiales (le unía una gran amistad con el presidente del Consejo de Ministros, doctor Salazar), el pueblo portugués le quería y le admiraba. Recuerdo en aquellos tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando habían llegado a Portugal refugiados barridos desde el norte de Europa, y la policía portuguesa extremaba la vigilancia, recuerdo que en una ocasión viajaba yo indocumentado por haber olvidado mi pasaporte. Me bastó decir que era el ayudante del doctor Tapia para que nadie me molestara.

Se exiló voluntariamente, aunque durante su exilio siempre manifestó su gran patriotismo y su deso vehemente de volver a España, como así lo hizo, porque no había ninguna razón que se opusiera a ello. Sus puntos de vista, aunque quizá para algunas personas fueran discutibles, los sentía tan noblemente, los defendía con tal elegancia (no exenta de vehemencia y pasión), se hacía tan plenamente responsable

de ellos, que hasta los que no los compartían le admiraban y respetaban.

Realmente fue el creador de la Neumología en España. Gran parte de los neumólogos y tisiólogos que hay hoy día en España hemos recibido de él nuestra formación. Unos hemos tenido la suerte de recibir sus enseñanzas directamente. Otros, a través de la Escuela que él creó, bien sea a través de sus obras o por sus discípulos directos.

Hace poco más o menos un año sugerí a una publicación profesional que publicara una entrevista con él, como había publicado otras con personalidades de la Medicina española. Yo no tenía ninguna relación ni

personal ni profesional con los editores. Me contestaron que verdaderamente Tapia merecía figurar en esa antología de famosos, pero que era muy difícil conseguir que hablara de sí mismo. En efecto, la corta entrevista se publicó en un sólo número de la revista, cuando lo habitual era que esas entrevistas se continuaran a lo largo de varios números. Y en aquella entrevista casi no decía nada de sí mismo.

Como dice Navarro Gutiérrez, últimamente llevó una vida mortecina. En parte, por su voluntario aislacionismo. Quizá también en parte porque nosotros, tan poco sobrados de grandes creadores, no fuimos capaces de comprenderle.